

Fuentealba y Enrique Molina. Terminó el acto con una brillante improvisación de S. E. el Presidente de la República.

Reproducimos a continuación en el mismo orden los discursos pronunciados y un resumen de las palabras del Excmo. Sr. González Videla.

Discurso del señor Oscar Vera

Sean mis primeras palabras para agradecer la presencia en esta sala del señor Presidente de la República, que tan valioso estímulo es para nosotros; agradecer, en la persona de su Rector, don Francisco Cereceda, la hospitalidad cordial que por segunda vez nos ofrece la Universidad Santa María, para reconocer la ayuda financiera de la Fundación Interamericana de Educación, aquí representada por Mr. Shriver Coover, sin la cual no habrían podido realizarse estos cursos, y para destacar el hecho de que tres de las grandes jornadas del movimiento de Renovación han sido posibles gracias al apoyo de instituciones privadas, cuya magnificencia revela un interés de los particulares por el progreso de la educación que ojalá el Estado demostrara con parécida intensidad.

Hace justamente dos años, cuatrocientos maestros reunidos en esta misma sala y en esta misma casa, para estudiar y discutir los problemas de su oficio, iniciaron una nueva etapa en la historia de nuestra educación. Se decía que los profesores secundarios eran apáticos y reacios a todo estímulo de perfeccionamiento, que en la diaria faena de enseñar habían llegado a convencerse de que nada tenían que aprender. La verdad era que se había descuidado lamentablemente todo lo que pudiera incitarlos a reunirse para confrontar su experiencia y sus prácticas docentes con la nueva teoría educacional y con los grandes cambios experimentados en el último tiempo por la sociedad chilena, cambios que exigen desde hace cuarenta años, y siguen exigiendo, una revisión fundamental del sistema escolar.

Por eso fué que cuando en el verano de 1946, la Comisión de Renovación Gradual de la Educación Secundaria, hacía poco designada por el Supremo Gobierno para planear la reforma de los liceos, invitó al profesorado al primero de estos seminarios de estudio, las expectativas más optimistas fueron ampliamente superadas. Sacrificando sus vacaciones, haciendo esfuerzos económicos importantes para una profesión tan mal pagada, los profesores acudieron de todos los rincones de Chile deseosos de conocer los planes que la Comisión había formulado, de discutir las soluciones que se proponían y los nuevos principios educacionales sobre los cuales se basaban y de asimilar las nuevas técnicas y procedimientos indispensables para su efectiva incorporación a la vida de los colegios.

Aquí, pues, hace dos años, en una jornada de exaltación espiritual inolvidable, libró su primera batalla la renovación de la enseñanza, y conquistó para su causa la adhesión cordial e inteligente de la mayor parte del magisterio.

Ese mismo año de 1946, cuatro liceos de Santiago iniciaron la aplicación del plan propuesto por la Comisión y aprobado por el Gobierno. Y luego, después de un año de intenso trabajo, después de un Congreso de Educación Secundaria al cual concurrió a exponer su programa inicial de candidato, en todo concordante con el nuestro, el actual Presidente de la República, don Gabriel González Videla, y en el cual se aprobaron unánimemente los principios del Plan de Renovación y se insistió en la urgencia que había de extenderlo a todos los liceos del país, la Universidad de Concepción, que es la obra magna de nuestro actual Ministro, don Enrique Molina, cobijó a un grupo aún más numeroso de profesores en el Segundo Curso de Verano.

Durante el año que recién termina, venciendo dificultades a veces increíbles, de esas que nunca faltan en un genuino movimiento de cambio, el plan se ha extendido a once liceos, siete de ellos en provincia, y se ha vinculado profundamente a los

padres de familia que ven en él la oportunidad de una mejor educación para sus hijos por la que claman desde hace tiempo. Y ahora, de nuevo en la casa que auspició nuestros primeros pasos, los profesores, entre los que junto a los viejos amigos saludamos especialmente a más de un centenar recién convertidos a esta especie de nueva fe, se reúnen a hacer un balance de la labor realizada, a profundizar su comprensión de los principios que inspiran su trabajo, a perfeccionarse en las nuevas técnicas que han de hacerlo más eficiente, a corroborar su energía y su espíritu en estrecha convivencia con los que comparten la misma tarea y las mismas esperanzas.

¿Por qué ha podido realizarse esto? ¿Qué es lo que impulsa a varios centenares de maestros a renunciar a su descanso, a olvidar las angustias económicas que todavía, y tan injustificadamente, los afligen, para venir aquí a trabajar día a día, durante tres semanas, de la mañana hasta la tarde, a estudiar, a discutir, a criticar lo que han hecho para mejorar lo que han de hacer, a imponerse, en el fondo, nuevas tareas que libremente eligen asumir? Es que se sienten parte indispensable y necesaria de un todo que saben que es superior a ellos, de un movimiento que aspira a dar a nuestra patria la educación que necesita, de algo que, teniendo un sentido, es capaz por ello de dar un sentido valioso al trabajo de su vida.

En una época en que pareciera extenderse la seducción del caos y acrecentarse aún la pequeñez de las almas negativas, se sienten, simplemente, responsables. Los mueve el entusiasmo, y el entusiasmo, en el adulto, no es la llamarada fugaz que muchos creen, sino la decisión determinada, la confianza profunda que nos permite sobrellevar sin flaqueza el tiempo adverso y la grande o pequeña labor de cada día.

Ellos comprenden que un sistema educacional concebido a fines del siglo pasado para una sociedad todavía aristocrática que apenas comenzaba a dar los primeros pasos de su industrialización, no puede funcionar eficientemente en los tiempos

que corren. Ellos ven cómo ha cambiado la población de los liceos, cómo los que treinta años atrás sólo excepcionalmente podían pensar en recibir educación secundaria, se agolpan ahora a las puertas de los liceos exigiendo un derecho que la letra de la ley les concede y cuyo uso cada día creciente es causa y consecuencia a la vez del desarrollo político y social de la nación. Ellos ven, por otra parte, que el extraordinario desarrollo de nuestra economía exige ciudadanos capaces de producir en los diversos órdenes de la actividad económica y no solamente candidatos a las profesiones liberales. Ven la ineficacia de la preparación académica y libresca que un sistema caduco ordena impartir a la juventud y aunque individualmente se esfuerzan por temperar sus deficiencias no creen posible que en forma aislada se subsanen los daños derivados de una estructura que es preciso cambiar. Creen que el hombre culto es, con Terencio, aquél a quien nada humano le es ajeno, que el concepto de la cultura no puede restringirse a la actividad intelectual o literaria sino que incluye, también, la técnica y la ciencia en la cual ésta se inspira, y que es preciso formar un tipo de hombre más completo, más comprensivo de su tiempo, menos unilateral, menos repetidor, menos envanecido de sus habilidades puramente decorativas o verbales y menos desdeñoso de la auténtica creación y del trabajo. Y, por último, ellos comprenden perfectamente que si nuestro país aspira a realizar el ideal de la democracia, debe educar a los futuros ciudadanos en la comprensión de estos ideales y que esta educación no puede darse solamente con la prédica sino que exige la vida democrática, la práctica diaria de la democracia en los establecimientos de enseñanza.

En eso creen, y porque quieren verlo realizado, y porque saben que realizarlo no es tarea fácil, por eso están aquí.

El extraordinario desarrollo de las ciencias sociales en el presente siglo ha llevado a los maestros a la convicción de que nada justifica el que sigan siendo prácticos de una función tan

fundamental como es la de educar y de que es preciso fundar el procedimiento en los principios de la ciencia. Son estos principios y las técnicas que de ellos derivan lo que aquí venimos a estudiar en relación directa y concreta con los problemas que nos plantea nuestro trabajo diario. Entre ellos, y no es, por cierto, el menos importante, está el de comprender el papel que al sistema educacional le corresponde desempeñar en la vida de nuestra nación, el de analizar objetivamente las limitaciones y las responsabilidades que imponen la grandeza y la servidumbre del maestro. Bien conocemos las primeras en una sociedad que necesita ser pacientemente educada en el sentido de que no regatee los medios indispensables para que la escuela y el maestro puedan cumplir su función con eficiencia y dignidad. En cuanto a las segundas, sabemos que todo cambio encuentra resistencia en la estructura inerte que trata de reemplazar, y que las fuerzas retardatarias desempeñan una función compensadora de posibles excesos. Pero recordamos, con Spengler, que el destino conduce a los que quieren, y arrastra a los que no quieren.

Discurso del señor Juan Fuentealba Oreño

Cuando el patrimonio cultural de un pueblo alcanza un volumen superior a la posibilidad de ser dominado por una sola persona, es menester distribuirlo a la comunidad en un fraccionamiento que satisfaga las necesidades de los distintos grupos humanos y sea, al mismo tiempo, fuente de generoso espíritu de superación.

Cuando se vive en una época de cambios en la cual la humanidad aparece conmovida por fuerzas antagónicas que luchan fieramente por aniquilarse unas a otras, el sistema educacional de una nación no debe ser tanto un medio informativo de lo que fué, sino una agencia encauzadora de las nuevas generaciones: suministrándoles las herramientas culturales y las téc-